

1936

La fábrica de armas estaba intacta. El grito de alegría de los nacionalistas alcanzó puntos muy lejanos y contagió a numerosos soldados que estaban en las últimas... totalmente consumidos y abatidos por las circunstancias de las batallas.

(Un joven musulmán, de Regulares, se paró junto a un gran portalón observando lo que pasaba ante sus ojos; sus principios divergían de lo que estaba viendo...).

Los milicianos que defendían Toledo huyeron ante el valiente y arrojado avance del ejército sublevado, beneficiado por la presencia de miles de marroquíes en sus filas. Panorama desolador y desastroso, por la devastación tremenda y la destrucción de la naturaleza y de la vida...

La toma de la ciudad castellana del Tajo fue una de las leyendas bélicas más sangrientas que se han escrito sobre la guerra civil española. Sus actores fueron soldados y milicianos españoles y gente de varias nacionalidades; unas apoyaban al bando nacionalista y otras al bando republicano.

Los seguidores de Franco habían reclutado a cientos de miles de marroquíes en la zona que ocupaba España en Marruecos, creando el cuerpo de Regulares del ejército franquista. También había numerosos musulmanes en la Falange y en la Legión, que guerreaban contra los “ateos” que podrían “aniquilar el islam de Marruecos si ganaban la guerra” –les aseguraban los oficiales del Levantamiento, creando así, en el seno de la sociedad marroquí musulmana, una atmósfera de terror y fervor religioso.

Ante la falta de tiempo y, sobre todo, el esforzado y valiente empuje de los soldados africanos, los milicianos, defensores de la doctrina republicana, no pudieron hacer saltar por los aires la fábrica de armas y todo lo que en ella había y se dieron a la fuga hacia el sur, porque la vía Toledo–Madrid había sido cortada por el general Varela un día antes de la toma de Toledo.

Todos los prisioneros que se entregaron a los nacionalistas, fueron pasados por las armas. (El soldado marroquí seguía apoyado en el enorme quicio del portón, destrozado por los cañonazos de sus compañeros de armas; no se atrevía a dar un solo paso; el terror corría por sus venas. Tenía náuseas...).

Los pelotones de fusilamiento estaban formados por unos cuantos soldados ávidos de sangre; deseosos de mostrarse superiores a los vencidos que se rindieron aliviados momentáneamente, pensando en el sufrimiento de los campos de concentración... Todas las demostraciones de fuerza se perdían en las quimeras de los que disparaban, porque nadie daba importancia a nada...

Los anarquistas que luchaban junto a los republicanos se reunieron en una torre del Alcázar y se emborracharon, dando fuego al lugar donde se hallaban, muriendo abrasados todos ellos. Tuvieron la idea de inmolarsse en la fábrica de armas, pero les fue imposible llegar al lugar porque los nacionalistas les cerraban el camino...

Los alaridos de los que se quemaban, y que llegaban a los oídos de los vencedores, permitían a estos últimos pensar que eran hombres invictos, ungidos por el poder de Dios e investidos por la palabra del general Franco... Esclarecidos por la elección que habían tomado al unirse al nacionalismo y no al poder establecido legalmente.

2002

Tetuán, lunes a 17 de septiembre de 2002

Querido hermano:

Espero que estéis todos bien de salud. Explícale a mamá que tanto Farida, como Hasán y yo misma, estamos muy bien y os echamos mucho de menos.

Hace unos días, Hasán le ha comprado a la niña un vestido muy bonito porque era su primer día de escuela y queríamos que estuviera contenta. La pobrecita ha llorado al separarse de mí y llevársela la maestra, pero al segundo y tercer día de ir al colegio, ya tenía un par de amiguitas y entraba corriendo al centro antes de que llegara su educadora a recogerla. Ya me ha dicho que en la escuela lo pasa muy bien y que la instructora es una mujer muy buena y que da muchos regalitos a los niños obedientes; ella, Farida, es muy disciplinada y respeta siempre a sus dos profesores. Es que tiene un profesor de francés, además de la profesora de árabe, ¿sabes?

¿Quieres saber por qué te cuento todo esto?

Pues para que te acuerdes de cuando nos llevó papá a la escuela; que nos compró un par de zapatos nuevos a cada uno y nos dejó allí todo el santo día y que pasó a recogernos cuando estaba anocheciendo... Y ese fue nuestro primer día de escuela. ¿Te acuerdas de lo 'malos' que fueron los maestros con nosotros ese primer día? A mí hasta me regañaron por estar pidiendo todo el día que quería irme con mi madre; ¡reconozco que fui una pesada! Hay cosas que permanecen siempre en nuestra memoria.

¡Es una verdadera lástima que no hayamos estudiado más para ser personas importantes!

El dolor de cabeza que me daba cada mes, más o menos, ya no me molesta. Será porque en Tetuán el clima me va mejor que en el pueblo. Por favor, hermano, díselo a mamá.

Hasán tiene un trabajo muy bueno y nos compra muchas cosas. Cuando dispone de tiempo, nos saca a pasear y lo pasamos muy bien. Tetuán es muy bonito y hay muchísima gente por las calles por lo que no nos aburrirnos.

Hermano, cuida mucho de mamá. Querría estar ahí para ser yo la que velara por ella, pero las cosas de la vida son así... Estoy también con la carga de mi familia, y eso es muy duro.

¿Sabes a quién he visto? Pues a Marzuk, el que tiene un taxi, me ha invitado a tomar un refresco porque también conoce a Hasán. Le he dicho que te salude de nuestra parte porque ha comentado que se cruza contigo de vez en cuando.

Nuestra casa es grande y muy bonita y está en el centro de la ciudad. Lo tenemos todo muy cerca y para hacer la compra no tengo que molestarme en coger autobús ni andar mucho.

Espero con muchas ganas que podáis venir a verme y que podamos pasar algunos días juntos.

Contéstame pronto y cuéntame cosas de la casa.

Da muchos saludos a todos nuestros vecinos, pero enormes besos a mamá.

Tu hermana que te quiere.

Anisa

La música que ahora oye a solas, pero que de costumbre también escucha cuando está con él, suena suavemente en la habitación. Se siente cubierta de placidez... mucha serenidad en el alma. Generalmente pone el radiocasete cuando se halla desolada y solitaria, casi desamparada, para sentirlo a su vera y tranquilizarse.

Ella no sabría descifrar a quién pertenece esa bonita melodía, pero como a él le encanta, pues a ella también... Él, su amado Marzuk, le ha ido regalando, poco a poco, el buen montón de cintas de música cadenciosa y dulce que ahora posee... A su marido le cuenta cada vez un 'rollo' diferente a propósito de la obtención de esas casetes; por lo menos unas veinte cajitas de música sinfónica... equivalentes a veinte disparejas mentiras...

La maleta de ruedas, de grandes dimensiones, repleta de muchísima ropa usada –la mujer lo considera así porque pesa como una losa–, se deposita en la parte inferior de un armario descompuesto, cuyo contenido es muy variopinto –el reducido vestuario de los niños y el de ellos dos en una de las tarimas superiores; amén de algunos juguetes viejos, muñecas destripadas, pistolas y metralletas desconchadas y tanques abollados, reducidos todos ellos al silencio hacía tiempo, así como otros múltiples objetos, muchos de ellos inservibles, en el tablado del fondo; sobre todo este tinglado, Anisa deposita la enorme valija–; el vetusto ropero está, de costumbre, totalmente desordenado –la mujer, a causa de su baja estatura, no alcanza a poner la monumental maleta en la parte de arriba, en una segunda tarima casi vacía, para evitar aplastar, más aún, los objetos que hay abajo, porque también pesa mucho y le es imposible levantarla; además, decide no hacer mucho esfuerzo para no aumentar el flujo sanguíneo de su menstruación; en el presente se siente aliviada del dolor de cabeza que la mataba cuando aún era mocita y le venía la regla–; ahí permanecerá la 'pobre maleta' hasta que el marido llegue a casa y se abra para conocer su contenido y se reparta entre toda la familia –ella no dispone de tiempo para esos menesteres–. Después de cerrar la destartada puerta del desvencijado mueble, pasa a las ocupaciones diarias... faenas de las que está hasta la coronilla. Sus ojos color miel no se fijan en lo que está haciendo porque su mente la lleva a otros temas...

“¡Mira que tener que esperar a que te den ropa vieja estos vecinos de mierda para poderte vestir y ponerle algo decente a los niños! Y mi marido tan fresco y campante, el cabrón... ¿Qué hacer para cambiar esta situación tan angustiada?... ¡No puedo dejar que la indecisión se apodere de mi vida! Gracias que estás tú... Tu bonita música y tu venerada imagen reinan siempre en mi esencia de mujer, mi querido Marzuk. ¡Hombre de mi vida, tus palabras producen potencia en mi alma y abren las vías de mi universo! ¿Podría seguir este camino sin tu presencia en mi vida? ¿Por qué no te acepté al principio? ¡No me entiendo! ¡Nunca me perdonaré esta gravísima metedura de pata a la que no encuentro explicación!... La mierda de la regla me está molestando de veras... El bajo vientre y el lumbago me duelen mucho...”

Llevan casados más de diez años y no puede hacer nada para marcharse por ahí; como tienen dos hijos, no puede abandonarlos e irse a vivir, libremente, junto a la persona que de verdad quiere. Es una aspiración de difícil obtención; ella lo sabe... Pero como puede compartir con su amado las mieles de la vida, a pesar de estar casada con el imbécil de Hasán, se siente realizada y feliz –piensa continuamente, para aliviar su pesar–... La bella armonía musical refuerza sus sentimientos de adhesión por ese hombre que tanto ama... Y se vuelve a preguntar la causa de su rechazo cuando, hacía ya muchos años, Marzuk le propuso ser su compañero... “Quiero ser el padre de tus hijos; ¡cásate conmigo!” –recuerda que le anunció una vez hacía ya mucho tiempo; y hace un gesto de desaprobación, como si se intentara solucionar lo irresoluble.

Al comprometerse –desdichado y triste día–, su actual marido le prometió una existencia llena de lujos y magnificencias –¿qué salió de todo aquello? ¿Qué nació de todas esas proposiciones? ¡Una verdadera imbecilidad! ¡Algo de lo más desastroso! ¡Palabras huecas!–; ca-

careó que vivirían en uno de los edificios más conocidos y distinguidos de la ciudad, donde su familia tenía casa, que no trabajaría nunca más en casas ajenas, y... “bla, bla, bla”...

“...y resultó ser la casa de los porteros. Su madre, vieja y cansada, es la portera del edificio y la casa es la portería en la que reside junto a sus hijos –él, mi fatigado, debilitado e inútil marido, es uno de ellos–; dos pequeñas habitaciones, una brecha en la pared que hace de excusado, una diminuta cocina y san se acabó; esa era la ‘magnífica’ casa que tenían en el ‘distinguido edificio’; ahí vivían todos hacinados, chicas y chicos; y yo entre toda la jauría... apilada también como un animal. Mucho mejor sería una chabola... Y para colmo, el eterno y asqueroso olor a tabaco barato que fuman el estúpido éste y el hermano y que difunden, sin tregua, en el ambiente casero, ¿puede alguien ser más estúpida que yo?”

Ella reflexiona en su estado presente y aguanta lo mejor que puede su desdicha, armándose de paciencia y silenciando su agónica situación cuando se fija en las vecinas; todas bien vestidas; con trabajo las madres, estudiando las hijas; todas, visiblemente contentas y alegres... ¿Qué mal habrá hecho en este maldito mundo para no ser igual que las demás? –se pregunta constantemente–; sobre todo cuando su situación sentimental aflora y se ve en un callejón sin salida: con un marido “anormal”, sin un trabajo consolidado que les permita vivir dignamente... Pone cara de enfado; parece muy irritada y encolerizada... En ese preciso momento, la música no consigue apaciguar su crispación; ni siquiera la oye... ¿Qué hacer para ser como los demás individuos de este mundo?

“¿Es pecado buscar un poco de alegría junto a una persona que te quiere de verdad? ¿Que te hace sentir la vida? Mi esposo –¡sus ojos, sus miradas estúpidas, se me hacen inaguantables!–, vive el mundo con sus pro-

blemas y contrariedades auestas y él, mi amado y adorado Marzuk, me hace conocer deliciosas explosiones de placeres de las que nunca me hastió. ¿Cómo dejar de verlo?... ¡Tú, mi querido Marzuk, me ayudas a llevar el peso de mis errores!... Deslices que reconozco pero que no puedo evitar porque el tiempo pasado, desgraciadamente, no se puede recuperar... Tú, cariño mío, posees sentimientos exquisitos a pesar de trabajar en un taxi, y por lo tanto muestras una gran sensualidad; sé que tus nervios y tu fantasía producen visiones; enfoques que comparto en lo más nimio. Y noto también que estas perspectivas son las que ocasionan en ti el amor por el sexo, que tanto me cautiva... Ya falta poco para que la regla me deje tranquila y podamos vernos... Reconozco que si no he estudiado es porque yo no quise, pero algo recuerdo de aquellos conocimientos; ya mi padre, antes de morir, insistía que ‘también la mujer debe estudiar para conocer el camino de la verdad’, y yo que no quise hacerle caso a mi inolvidable progenitor... Ahora a callar y a aguantar lo que me echen”.

El taxista, su amado Marzuk, la cortejó, sin conseguir enamorarla, desde que era una cría y la veía por la calle del pueblo con sus amigas del colegio rural... –Las tonadas de los instrumentos musicales que nacen del aparato llenan todo el espacio en el que se encuentra, realzando su solidez y comprimiendo el estado afectivo de la mujer... En el presente, la sigue deseando a muerte, según sus propias palabras; y a ella la deslumbra él, la impresiona con su forma de concebir la vida, con su encanto y su manera de ser... con su fino tacto al tratar con ella; y todo lo que le explica sobre la existencia de los humanos y su imparable lucha en busca de situaciones mejores; el sacrificio que consintió para conseguirla desde que la vio cuando aún era muy jovencita... ¿Cómo fue que no se dio cuenta de la belleza del alma de ese hombre? Además de tener un físico maravilloso...



Hace ya un buen tiempo, cuando sólo tenían a la niña, los nuevos dueños del edificio les han permitido utilizar una habitación que hay en la azotea –se trata del desusado trastero de los antiguos dueños del edificio, donde la señora de Paz guardaba todo lo que dejaba de ser útil en su casa; fue la explicación de su suegra cuando fueron a ocupar ese diminuto cuartucho–; así, por lo menos, al estar los tres solos, no tiene que aguantar la presencia machacona de la madre, del hermano y de las tres hermanas de su marido.

Hasán puso la habitación en estado habitable limpiando todo y encalando las paredes. La puerta tuvieron que cambiarla por una que compraron de segunda mano porque, la que había, estaba carcomida por la polilla... “Este deterioro no tiene más arreglo que quitar la madera y comprar otra” –vaticinó el marido en su momento.

“Recuerdo que al principio de nuestro matrimonio, cuando me llevó a su casa –me refiero a la casa de su madre; su padre estaba muerto: se había suicidado ‘tontamente’, como cuenta él mismo–, era imposible hacer el amor a la manera de todos los seres de este mundo. Era casi indudable que, de noche, todos estarían en la oscuridad con el oído aguzado, esperando que lo hiciéramos... Pero los dejaba con las ganas de escuchar mis gemidos de satisfacción sexual, porque aunque él deseaba follar, yo no se lo permitía –¡es que cuando follo grito que es un escándalo!–. De día, cuando todos se iban por ahí, sí que nos desfogábamos a nuestras anchas; era un desahogo que me hacía falta por momentos –y yo podía berrear de satisfacción a mi antojo–. Estoy segura que nuestra niña se ha reproducido en mis entrañas de día... ¡Nunca nos tocábamos de noche! –por esas fechas aún no estaba unida a mi Marzuk–. Después, cuando ya estábamos en nuestra habitacioncita, las cosas fueron normalizándose y, en caso de que el niño sea

hijo suyo, porque el bebé muy bien puede proceder de Marzuk, mi chiquitín habrá comenzado su gestación en mis entrañas, como casi todos los bebés del mundo de noche. Ahora, si es retoño de mi Marzuk, también se habrá gestado de día, como la niña, porque nos vemos únicamente de día... ¡Con lo que me gustaría pasar todas las noches que me restan de mi vida junto a él, acurrucaditos y abrazaditos! ¿Qué bien huele mi Marzuk y qué feliz me hace!

¿Mi boda? No quiero ni acordarme de ese desastre... ¡Una auténtica calamidad! Fue un verdadero descalabro; un revés que me acompañará mientras viva... Su madre, sus hermanas y él fueron a ver a mi hermano y a mi madre al pueblo y pidieron mi mano. Recuerdo que llevaron un par de regalos y mucha palabrería: que vivían en uno de los mejores edificios de Tetuán, que el pretendiente tenía un excelente trabajo, que yo sería feliz y que no tendría que trabajar más en casa de nadie... Que me había visto por la calle y se había enamorado de mí desde el primer momento... y que eso era humano y que 'La hayaa fi d-din'... –yo ya era criada de una pareja de ineptos y lo pasaba muy mal; gracias que no tenían hijos y podía ir tirando; acepté casarme con él sin rodeos con tal de perder de vista a esos dos estúpidos; sobre todo al imbécil del hombre ese–; y cosas así que se te quedan marcadas en el alma. Después, un día por la mañana, mi hermano se trasladó a Tetuán y en el despacho de dos adules, y en presencia de unos vecinos o amigos o no sé qué, de ellos, que hacían de testigos, nos casamos, después de presentar algunos documentos imprescindibles; los que legitimaban que ambos éramos solteros, amén de los certificados de nacimiento, médico y residencia de los dos –yo presenté mi certificado de residencia del pueblo, porque no estaba empadronada en Tetuán.

En casa de mi suegra, en la maldita portería, hubo una pequeña fiesta a la que asistieron un par de amigos de él y unas amigas de las hermanas, además de algunos pocos familiares. Ni mi madre ni mi hermano pudieron estar presentes en dicha recepción porque el trabajo en el huerto y el cuidado de los animales no se lo permitía a ninguno de ellos... ¡Ah, no asistió nadie que me conociera a mí! La más extraña entre toda esa gente era yo, la novia... ¡Se divertía más que yo el “borracho” del pasaje, a pesar de estar siempre solo! Estos pensamientos hacen que mi alma trepe por escalas que bajan de las nubes y oiga ruidos legendarios que mi adorado hombre me enseñó a querer. ¿Qué pelea se está librando en nuestro espacio para que, en el presente, me sienta tan perdida? Esta distancia física entre tú y yo, ¿seguirá produciendo silencio y despilfarro en mi ánimo? ¡Hazme feliz, Marzuk, hombre de mi vida! No importa que exista este tonto; lo más bonito es lo que tú y yo compartimos.

En la habitación de la azotea –el antiguo trastero de los Paz– han puesto una cama, un viejo y vetusto armario –que en otros tiempos también fue de los inolvidables Paz, antiguos dueños del edificio donde en el presente viven; esos señores que ayudaban tanto a la familia de su marido, según palabras de Halima– y, en el suelo, un pequeño colchón para la niña... –al principio únicamente la niña; claro, después vino el niño y las cosas se fueron dificultando–. Apenas tienen sitio para moverse, pero siempre será mejor que andar con la cruz a cuestas de la familia de su esposo. Con toda la estrechez que conocen en la habitación, no falta el televisor y un viejo vídeo, además del videocasete; los dos primeros aparatos están encima de una repisa que colocó él en su día, cuando los vecinos les regalaron esos dispositivos de esparcimiento; el tercero está en una pequeña mesa junto a la cabecera de la cama, que hace de mesita de noche del lado que ocupa ella cuando duerme. Junto al

televisor, una cuantas fotos familiares enmarcadas. La de su padre, solo, es la que más exaltación despierta en ella.

La antena que utilizan para captar las imágenes televisivas, es la de uno de los vecinos que le ha permitido a su marido conectar un cable en la altísima torre que hay montada, para llevarlo, a través de esa cuerda de hilos de cobre que hacen posible el milagro de trasladar la imagen, hasta la habitacioncita... ¡Por lo menos, aunque a ella no le guste mucho, pueden matar el tiempo con esos programas basura!

Los pocos utensilios de cocina que tienen están depositados fuera, frente a la puerta de su morada, en una garita, y es ahí donde ella cocina, recurriendo al fuego de una pequeña bombona de gas –cuando hace muy mal tiempo, utiliza un hornillo eléctrico, que tarda en cocer la comida una eternidad, y no sale fuera porque, en la garita, el fuego de la bombona se apaga azuzado por el vendaval... Para preparar la verdura, lavar los platos y demás labores que tienen relación con el agua, debe llevarlo todo en una vieja bandeja hasta el grifo de una pila, que antaño sirvió para lavar la ropa de algunos vecinos que no tenían lavadora; pilón que se encuentra a la entrada de la azotea y a cielo raso; esa puerta sirve para que los vecinos entren a la gran terraza que es la azotea y que permite ver una maravillosa panorámica de la ciudad y los contornos...

Cuando hace mal tiempo y llega el momento de preparar la comida, acarrea un cubo de agua hasta la habitación y, con un jarro, a la puerta misma del cuchitril, lo lava todo como buenamente puede... El agua sigue un pequeño caminito, abierto entre las losas rojizas que cubren todo el suelo de la azotea, hasta alcanzar el agujero del desagüe.

Con un poco de jureles y los ingredientes que ese día cocinaría, se las apaña para ir lavándolos y volviéndolos

a poner en el plano recipiente. El agua de la que se sirve para estas labores se pierde en un sumidero que hay cerca, porque la pila no está unida a la red de aguas residuales con algún tubo; tiene un pequeño agujero por donde el líquido se sale y va hasta el desagüe, siguiendo la pendiente que lleva hasta ahí... y es en ese lugar donde ella y su marido se alivian de sus necesidades fisiológicas –lo hacen todo de noche, para evitar ser vistos; de día, cuando lo necesitan, él va a algún café cercano y ella a la casa de su suegra; al principio le daba mucha vergüenza, después ya se acostumbró e iba al cuarto de baño con toda tranquilidad–. Levantan la tapadera del escurridero y cuando terminan de defecar o de orinar, echan agua abundante para evitar malos olores; después vuelven a tapar el desagüe para impedir que las ratas hallen una salida... Así tenían que ir tirando hasta que pudieran tener una casita decente donde fuera... ¿Sería eso posible?, se preguntaba a cada momento, desconsolada, la joven mujer.

“Esto sí que me va a matar... ¡Mira que si sube un vecino y me encuentra así, con el culo al aire, meando o soltando mi asquerosa carga! ¡No lo quiero ni pensar!... ¿Qué mal he cometido en el mundo para merecer este calvario? ¿Será que estoy pagando de esta manera mi antigua desobediencia a mis padres? Perdona que no haya respetado tus sabios consejos, papá querido... Mira ahora la situación en la que me encuentro...”

¡Ah, si hubiera estudiado, siguiendo las recomendaciones de mi padre! Ahora estaría trabajando en alguna administración estatal como casi todas mis vecinas... ¡Y no estaría casada con este inútil! Es que una no sabía gran cosa del mundo y como la gente no te ayudaba a entender los avatares de la vida... pues...”

La mansa sinfonía, que tanto gusta a Marzuk, sigue confortándola; ofreciéndole ánimos para seguir resistiendo, lo mejor posible, esa detestable etapa de su vida...

En cuanto a la electricidad, pues se nutren de la casa de la madre de él, la portería –que se encuentra en el quinto piso–... Desde ahí han tendido un cable eléctrico de los gruesos, adosándolo a la pared con tachuelas y clavos; la tapia da al patio común de los vecinos. Han sacado el cabo que transporta la corriente eléctrica desde la portería, por una ventana; de esta manera lo han llevado hasta la habitacioncita; lo han enchufado en la casa materna y en el otro extremo –ya en la habitacioncita de ellos–, han puesto un dispositivo al cual pueden conectarse cinco elementos diferentes. El trabajo lo hicieron el marido y el hermano de él.

Hay que dejar claro que la madre no tiene contador eléctrico, porque ella se alimenta del medidor de las escaleras, que paga el dueño del inmueble; pago que formaliza siempre a regañadientes, aduciendo que “consumís más que una fábrica”. Por lo que ni él ni su madre pagan electricidad; un verdadero lujo en los tiempos que corren... El propietario del edificio se queja al pagar la factura de la electricidad, a pesar de cobrarles a los inquilinos una suma mensual que les ha añadido en el recibo del alquiler... precisamente para ese gasto.

Cuando hace mucho viento... bueno, eso es el infierno. La lona de la pequeña caseta parece como si quisiera salir volando por los aires y dejarlo todo al descubierto. El recelo, gracias a las enormes piedras que su marido ha colocado encima del grueso toldo, queda en un temor que no se hace realidad. Pero salir a cocinar o a hacer sus necesidades se convierte en empresa casi imposible, porque, para lo segundo, sobre todo, llegar a la alcantarilla es prácticamente irrealizable... Muy bien podrían terminar por los suelos a causa del viento o coger una pulmonía.

“Debo hacer lo que sea para irnos de aquí a una casa que, aunque sea modesta, sea digna de una familia. Con lo que él gana plastificando documentos de la gente y lo

que yo pueda sacar trabajando con las vecinas, creo que podríamos pagar el alquiler de una casita... ¡Y el hijo de puta que me prometió que yo no trabajaría nunca más en casa de nadie! ¿Ves, querido mío por qué te amo? Porque tú me has dado estabilidad mental y... mucha quietud. Así, pensando en ti, por lo menos la paz me llena por dentro y puedo descansar un poco.

Mi ansia es alejarme de él, de mi improductivo marido, siguiendo el cauce de los límites del mundo, para que me permitan ver, junto a mi querido Marzuk, la llegada a un paraíso de colores apasionados y entusiastas. ¿Vas a permitir, querido mío, que este inútil me haga la vida imposible?”.

Muy de vez en cuando algún vecino del edificio le ofrece trabajo al esposo. Pintar la casa, arreglar algún problema eléctrico, colgar cortinas, cambiar algún grifo o solucionar alguna fuga de agua... Le pagan como les da la gana, sin utilizar ningún baremo oficial. Le dan ese dinero como una limosna... Y ella tiene que tragar saliva y aguantar el chaparrón. No obstante, cuando ese dinero entra en casa, es sinónimo de alegría.

La garita donde guarda sus provisiones y los utensilios de cocina, la ha montado él. Ha utilizado dos maderos, que ha puesto frente por frente a la salida de la habitacioncita; bien sujetos al suelo y atados con cuerdas a un par de barras de hierro que hay en la azotea de su pequeña morada; gordos leños que ha unido a la gruesa y alta pared de enfrente con dos travesaños, también de madera. Por encima del maderamen ha puesto una lona impermeable que le regaló un vecino, propietario de una red de camiones, inmovilizada con un par de enormes piedras lisas –para que no rueden, explicó cuando las puso–, colocadas encima de ésta y de la pared de delante. Por los lados, en el suelo, también ha puesto encima del impenetrable tejido –que lo cubre todo perfectamente y que alcanza los dos lados holgadamente–,

cuatro piedras en cada parte, que van desde el murallón hasta los maderos. De esta manera, ella puede salir de la habitación y meterse en la “choza” sin quedarse mucho tiempo bajo cielo abierto; apenas un par de pasos. En una de las esquinitas que dan al murallón hay un pequeño mueble que se cierra con llave; es ahí donde guarda las cosas de comer... La acción de guardar bajo llave sus provisiones representaba una lucha abierta contra los gatos que subían a la azotea de noche.

“¡Soy una estúpida! ¡Casarme con un tío que no tiene donde caerse muerto! Ya podía haber tenido más olfato al elegir marido. ¡Mira que Marzuk me estuvo persiguiendo, y yo que no quería nada con él! ¡Ahora a joderse con este tío; pero que aguante los cuernos!... Marzuk, querido, mi gloria está en tu mirada, en mi presencia no cierres los ojos para que mi deleite permanezca vivo. Si tú sales de mi vida, la muerte será mejor que estar sin ti”.

En su ajetreo, recuerda esa noche que llovía a cántaros y que necesitaba orinar perentoriamente. La bacinilla de la chiquitina –en el presente ya era del niño y la chica estaba obligada a hacer lo que ellos dos: salir a hacer sus necesidades afuera a pesar de su corta edad–, no debía utilizarla ella porque a la criatura no la iba a sacar afuera cuando tuviera necesidad de hacer pis... El vendaval era increíblemente fuerte y todo parecía que iba a terminar volando por los aires. Se arma de valor y decide salir. Al abrir la puerta ve que la lona de la garita está a punto de desgarrarse de sus piedras e irse con el viento. Se pone por encima de la cabeza un viejo y descolorido abrigo militar –que fue de su malogrado suegro, según palabras de su marido– con el fin de no mojarse y no coger frío. Cuando da el primer paso fuera de la habitación donde duermen su marido y la niña, siente como que unos invisibles y fuertes brazos la empujan enérgicamente de tal suerte que dan con ella en



el helado y mojado suelo; el abrigo por una parte y ella por el otro, despatarrada y sin fuerzas para levantarse. Su grito despierta al marido que no sabe qué pasa y por lo tanto no atina a salir de la cama e ir a ayudarla para que se alce del suelo. Confuso, atolondrado, llama a su mujer y ella, con una rabia de mil demonios, le indica que se levante de una maldita vez y que la socorra... A partir de entonces, cuando hace mal tiempo, siempre preparan un cubo de plástico para hacer sus posibles necesidades nocturnas; lo dejan en la garita y cuando lo necesitan lo meten para adentro; rápidamente después de utilizarlo, lo vuelven a sacar fuera por lo de los malos olores... Hasta ahí se había rebajado junto al necio del marido y lo venenoso del asunto era que no había perspectivas de mejora...

“¡Marzuk, querido mío, ayúdame de alguna manera para que la vida me sea más llevadera! ¡Junto a ti el mundo entero me entra por los ojos y me hace sentir alas en la sangre! Ya ves, querido, que si sigo con este estúpido, terminaré sin futuro. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta de tu valía cuando me buscaste siendo niña y también cuando trabajaba de criada con esos imbéciles de Zohra y Hamid? ¿Puede una persona ser más bruta que yo? ¿Por qué no me obligaste a irme contigo desde el principio? Creo que si hubieras sido enérgico y osado, te habría seguido y ahora no estaríamos en esta situación tan embarazosa...”

De repente, sin el menor ruido, su marido entra y deposita encima de la cama una bolsa de plástico. No dice absolutamente nada a su esposa... No suele saludar cuando vuelve de la calle y todo lo hace en silencio; como si el sigilo le ayudara a respirar... Sin pedir permiso apaga el aparato que emitía la dulce sinfonía. Ella se molesta, se siente alterada, pero prefiere no comentar nada. El ambiente se hace agrio. En el colchón del suelo está el bebé; el hombre se pone de rodillas y

se agacha para dar un par de besos a su hijo. El pequeño está acostumbrado a estar en su colchoneta sin armar jaleo. Llora si tiene hambre o está mojado; es cuando su madre le da de su tiempo.

Ella se lleva un susto enorme porque la llegada del marido coincide con su bella reflexión a propósito de su amante y siente un fuerte temor por si pudiera leer sus pensamientos... Y rumia que posiblemente su marido esté besando y adorando a un niño que no es hijo suyo... Un fuerte y repulsivo olor a tabaco acompaña los movimientos de su desgraciado consorte. A pesar de su respetable estatura, ella lo ve pequeño, insignificante... Se repone de su pasajero espanto.

“¡Que se joda, el mierda éste!... ¿Por qué siempre que entra me quita la música? ¡Es increíble! Con toda mi alma deseo que el niño no sea tuyo; aunque no lo sepamos con seguridad, veo a mi Marzuk en cada milímetro del cuerpo de mi hijo y me deja pensar que sí, que definitivamente es de él...”

—Únicamente he tenido tres clientes... —balbucea Hasán, sin mirar a su esposa.

“¡Vaya noticia! Ni que fuera una novedad... Ahí no ganarás nunca nada, ¡estúpido!”

—Por la tarde tendrás más suerte... Supongo. Mira, los vecinos del cuarto me han dado una maleta llena de ropa para queelijamos lo que nos interese y el resto se lo damos a tu madre. Anda, ábrela y mira qué nos dan esta vez... —ahora la voz de ella es firme, mucho más segura.

“¡Qué tonta soy! ¿Cómo va a saber lo que estoy pensando? ¡No te apenes, Marzuk, la esperanza nunca nos dejará! Para mí este tío no cuenta para nada”.

—¿Dónde está? ¿Vas a ver conmigo lo que hay? —Sus palabras apenas llegan al oído de la mujer.

—En el armario. Repito, ábrela y mira qué hay dentro y no me llames porque estoy muy ocupada. Yo tengo que seguir con la comida... ¿Qué has traído?

—La leche y el pan...

—Vamos, que hoy tampoco habrá postre... ¿Crees que la niña puede estar sin probar yogures tanto tiempo? —la muchacha está dejando al descubierto su irritación.

Hasán no contesta. Se limita a bajar la vista y a mantenerse callado. Sus movimientos apenas se perciben...

El hombre saca la valija del viejo mueble y la deposita encima de la cama. No hay otro sitio donde ponerla. La abre y empieza a sacar prendas de niño muy lindas y casi nuevas...

“¿Cuándo podré comprar cosas bonitas y decorosas para mis hijos? ¿Viviré de segundas toda mi vida?”

Le va explicando a la mujer que “eso” valdría para la niña y para el niño; que era un vestuario que les serviría para todo el invierno. Después, encuentra en el montón de ropa unas chaquetas de hombre, un par de chaquetones y unos pantalones, también de hombre, que se va probando; unas cosas le van bien y las deposita en un rincón de la cama; las prendas que le quedan grandes, pequeñas o que no son de su gusto, las va poniendo en un montón en el suelo... Habla según van apareciendo las prendas, pero no invita a la mujer que las vea con él... sabe que no dejaría sus trajines y que probablemente le regañe...

“Jodido tío. Acepta lo que le dan sin empacho ninguno. ¡Me siento totalmente descosida de este hombre! Sólo mi pensamiento en Marzuk huele a eternidad y me permite tranquilizarme un poco... ¡Si tú no estuvieras en mi vida, esto sería el infierno total!”

Se queda, para él, con dos camisas estupendas, tres pantalones y una cazadora, tipo anorak, de color rojo; se diría que nunca había sido utilizada... También encuentra varias faldas, numerosas blusas, ropa interior femenina... Y se las muestra a su mujer, levantándolas. La mujer acepta una falda verde muy bonita y un par

de blusas; en cuanto a la ropa interior femenina le pide al esposo que la ponga en el montón del suelo, que ‘eso prefiero no ponérmelo porque se lo han puesto otras; ya me las apañaré para comprarme algo nuevo y honorable’...

“Me da sostenes y bragas ajenos y no es capaz de comprarme nada. ¿Así voy a pasar toda la vida?... Lo mejor que estoy haciendo es amar a Marzuk; ese sí que es un hombre y sabe comportarse con una mujer”.

La presencia del marido le hace sentir una caída libre, sin fondo; ¿a qué era debido ese presagio? Lo mira y como si no existiera...

Le explica al esposo que como la maleta llevaba ruedas, que era de una marca estupenda y estaba nueva, que se la quedaban ellos y que el montón de ropa que había en el suelo, que lo pusiera en un par de bolsas grandes de plástico y que se lo diera todo a su madre y hermanos...

—Y si alguna prenda no les va ni les gusta, que se la den al “borracho del pasaje”... El pobre está casi en cueros...

—¿Qué me importa a mí ese tío asqueroso? Que mis hermanos se prueben estas cosas, y si no les van bien, que vaya Adil a “Guersa Kebira” y que lo venda todo en el mercado de lo viejo. Algo sacará... Y el “borracho” que se las apañe; ese recibe dinero de todo el mundo... —hablaba sin mirar a su mujer, con la vista perdida en no se sabe qué horizonte mental.

Siguiendo las orientaciones de la mujer, el hombre busca dos bolsas grandes de plástico en el descompuesto ropero y cuando ha metido toda la ropa que había por el suelo, le avisa a su mujer, totalmente metida en su labor de preparar la comida, que va a la casa materna a darles “esto”.

“¿Y a mí qué me cuentas? ¡Haz lo que te parezca y déjame tranquila! ¡Joder!”.

Siente que la sangre circula con fuerza por sus entrañas pero no puede mostrar su arrebato. Baja los ojos para no descubrir la violencia tanto tiempo arraigada en sus esencias.

La niña regresa del colegio en el momento en que su padre sale. El hombre besa a su hija y apunta en voz baja, como tiene por costumbre hablar, que no va a tardar...

—Vale... Muy bien.

“¡Como si quieres perderte para siempre! No eres capaz ni de comprarle ropa decente a tus hijos... ¿Te vas a pasar la vida de prestado, estúpido?”

La madre le pide a la pequeña que juguete un poco con el hermanito hasta que termine de cocinar... Saca impulsos increíbles para calmarse; la presencia de ese hombre le revuelve la sangre; pero visto que acaba de salir, decide serenarse...

—¡Anda, hija, juega con tu hermanito un poco hasta que termine con la comida... Pero no lo cojas en brazos para que no se acostumbre... que después la que se mata con él, soy yo...

“¿No sería bueno ir a Ceuta a trabajar? Por lo menos tendríamos para comer decentemente... Porque lo que es este tío, seguro que no cambia. Así, por lo menos, ganaré dinero y tendré más tiempo para ver a mi Marzuk. Veremos qué dice cuando se lo proponga; porque este tío es hombre sólo para ordenar o prohibir. ¿Seré libre algún día para sentir la vida como los demás seres?”

—Ven hija... Anda, pruébate estos pantalones y estas blusitas. ¡Después te compraré más ropita que te va a encantar! ¡Ya verás, hija! —Anisa, dolorida pero vencida, le entrega a su hija las prendas elegidas por el padre.

La niña, contenta de recibir ropa “nueva”, se lo queda todo... No alcanza a entender la consternación de la madre...

—Me están bien, mamá. ¿Puedo ponerme este pantalón hoy para ir al colegio? —la cara de la pequeña suplica a su madre que le haga caso.

“¡Ah, el colegio! Los profesores me decían que tenía muy buena predisposición para ser una buena alumna y yo que no quería estudiar...

¿Te acuerdas, estúpida, cuando el profesor de árabe te decía que eras su mejor alumna? ¡Ah, esos bonitos tiempos!

Recuerdo que mi padre me aconsejaba que aprendiera mucho porque la vida no distingue entre el hombre y la mujer... ¡Y pensar que era un simple campesino! ¡Qué lástima que te hayas ido tan pronto de nuestro lado, papá querido! ¿Qué hago ahora? ¿Seguiré esperando que la esperanza me sonría junto a este individuo inútil? No sé... de verdad”.

Los pensamientos tiemblan en su memoria, fraguando quemar sus deseos más vivos.

—Esta tarde te lo preparo y mañana te lo pones. Ahora déjalo con las otras cosas que hay ahí... —habla en voz baja, se siente dominada; vencida por los acontecimientos.

La mujer, en un gran esfuerzo para salir de esa inquietud, olvida la irritación de hacía un momento y quiere que su hija se sienta feliz... Pero siente que su silencio se hace más grande y profundo, cuando las palabras de la niña rozan sus oídos.

“Primero tengo que lavar todo. No voy a permitir que la niña se ponga ropa ‘sucia’... La vecina que me ha dado la maleta me ha asegurado que todo está lavado y planchado, pero no me fío”.

Por encima de sus sentimientos, de sus angustias y alegrías, pasan los días y van a esconderse en las esquinas de sus pasiones; ardores que consigue apagar únicamente estando junto a su amado Marzuk. Son ímpetus que no puede frenar incluso pensando que algún día consigan descubrir su infidelidad.

Impulsivamente, se acerca al aparato y prende nuevamente la música... Ya forma parte de ella y se siente tranquila y sosegada cuando la oye.

“¡Marzuk, querido, sabes que la fuerza del amor me da alas para enfrentarme a cualquier problema por grande que sea! Nuestras almas son gemelas e impenetrables y eso nos permite mantener esperanzas por un mundo nuestro, compartido. Siento que en este mundo estamos tú y yo... y como estás en mí, mi alma está llena de luz radiante... Te pido que alimentes mis anhelos y nunca te alejes de mí... Ahora que me fijo en el niño te veo en él... ¡Eres tú, no hay dudas! Su sonrisa, su cara, sus manitas, son exactamente como las tuyas... El estúpido éste no tiene nada que ver con ‘nuestro’ hijito... Al oír tu música te siento junto a mí y al niño. Me haces pensar que estoy más apaciguada... más sosegada. Serenas y calmas mi vida. ¡Gracias, querido, por enseñarme a vivir así!”

Su marido regresa. Una vez más la inesperada llegada del esposo la hace augurar momentos de desaliento... Y el hombre vuelve a apagar el aparato que esparce su música instrumental en la habitación...

“¿Tanto le molesta oír buena música? ¿Qué hacer para soportar esto? ¡Cabrón de mierda!... Tenías que apagar el aparato, ¿verdad?... A pesar de saber que no puede entrar en mi cerebro, temo mucho cuando pienso en estas cosas y él aparece... En mi interior encierro la noche de los silencios; mutismos míos hasta el fin de los siglos... Estos momentos claves miden con exactitud el tormento que me paraliza.

¡Hasta me alegra ser adúltera, sobre todo cuando me hace estas cosas! ¿Soy una corrompida?... ¿Sí? ¡Pues no me importa!”

—Mi madre no está; le he dicho a mi hermana que se pruebe lo que quiera y que se lo repartan como les dé la gana...

“¡Iros a la mierda todos! No quiero saber nada de tu familia, ¡estúpido!”

—Bueno, la comida está puesta... Hija, lávate las manos y ven a almorzar con tu papá. Yo, primero le daré el biberón a tu hermano y después comeré...

“¡Seguro que no le dejan ni un trapito al pobre del borracho!”.

La mujer, tristemente apenada consigo misma, sumergida en la angustia y la impotencia, siente unas locas e imprevistas ganas de llorar sobre el regazo de su padre ido; un refugio que ya no existe para ampararla... y que procure atención a sus penalidades.

Su marido y la niña están comiendo. Ella ha puesto agua a hervir...

Anisa coge la foto de su padre y, después de mirarla con mucha devoción y hondo recogimiento, la besa con ternura.

Tetuán, jueves a 28 de noviembre 2002

Querido hermano:

A pesar de no escribirme tú, lo hago yo con mucho gusto, esperando que estéis bien. Comprendo que tienes mucho trabajo y no dispones de tiempo para ponerme unas cuantas letras... Estoy segura que si mamá supiera escribir, sí que contestaría a mis cartas. Lo importante es que sabes qué tal estamos y cómo nos va... Claro, me gustaría mucho que nos contaras cosas de la casa y de vosotros porque os echo mucho de menos. ¡No puedes imaginarte cuánto pienso en nosotros cuando estábamos todos juntos!

Es que es muy bonito saber de la gente que quieres.

Me apena mucho que no hayáis asistido al bautizo de Anas. Lo hemos pasado muy bien y únicamente faltaba que estuvierais vosotros por aquí para que la fiesta fuera completa. Ya que no podéis venir por no dejar la huerta y los animales abandonados, me las apañaré y os visitaré



uno de estos días; ¡es que, ya te he dicho, os echo mucho de menos! ¡La vida es muy dura!

Hasán ya ha hablado con nuestro vecino del pueblo, Marzuk, para que me lleve en su taxi con los niños; él no podrá viajar con nosotros porque tiene mucho trabajo... Ya sabes, querido hermano, que en una ciudad la gente debe trabajar mucho para salir adelante... Gracias que Hasán tiene un buen empleo y podemos vivir bien.

¿No se podría contratar a alguien del pueblo para que cuide de todo mientras vosotros venís a visitarnos? Sería para un par de día, nada más. Piénsalo, por favor.

Mi suegra se ha enfadado un poco porque no habéis asistido a la boda de su hija, pero como le explico que tenéis que auxiliar a los animales y cuidar de la huerta, pues lo ha entendido. Es que ella también ha vivido en el campo toda su vida antes de venirse a Tetuán y casarse y lo entiende perfectamente y como tampoco habéis asistido al bautizo de mi niño, pues entiende que no es nada contra ella.

Ahora quiero hablarte de las noticias tan dramáticas que nos llegan a Tetuán. Me refiero al hundimiento de las barcas que se dedican a transportar a las personas, de manera clandestina, a España... Se está hablando de muchos muertos cerca de Larache porque varias lanchas de esas se han hundido y los que iban en ellas se han ahogado. Por favor, hermano, nunca intentes una aventura como esta; ¿qué sería de mamá sin ti? ¿Sabes que me moriría si algo te ocurriera?

Bueno, no quiero molestarte más con este tema tan infernal.

Farida me habla mucho de vosotros y está con muchas ganas de conocer a su abuela y a su tío; yo le digo que ya falta poco tiempo para ir a veros.

Dile a mamá que sus nietos le van a gustar mucho porque son muy guapos...

Así que dentro de poco nos vemos y nos daremos un gran abrazo.